

UNA NUEVA GIMNASIA

El verano me ha deparado algunos encuentros con extranjeros de considerable edad, y es digno de admiración el coraje con que se echan al mundo. Viajan sometidos a las limitaciones propias de su condición, pero viajan. Con ellos acarrean sus prótesis y boticas, pero disimulan con decoro, conscientes de que los achaques de cada cual no tienen por qué ser motivo de conversación. A buena hora un anciano español iba a hacer lo mismo.

He cavilado un poco sobre esta diferencia y me acuden cuando menos dos razones. En primer lugar pienso que a la muerte la teme más un español que un danés. Bueno, no es esto exactamente: el español es tan valeroso como el que más; quiero decir que a un español le impresionan mucho las circunstancias de la muerte, su liturgia y su folklore, y más que nada el riesgo de que el trance pueda llegarle fuera de su mundo más propio e íntimo. Nosotros aspiramos a morir en nuestra cama -hay quien se lo pide con un Padrenuestro a San José durante toda la vida-, pero a otros europeos les importa un bledo este detalle geográfico. Lo que sí suelen hacer es preservar a sus familiares y amigos -incluso a la sociedad- de los incordios consecutivos a tal acaecimiento, y esto lo consiguen con una póliza de seguro.

La segunda razón que encuentro es que un español de cierta edad suele sentir una pereza invencible -hablo en general, contando con las excepciones confirmatorias- mientras por esos mundos se da más el individuo cuya curiosidad no se sacia más que viendo con sus ojos, tocando con sus manos, oliendo con su nariz. El español anciano con inquietudes suele calmarlas en los libros y en el recuerdo de lo que ya vivió, o incluso puede seguir paso a paso los avances de la Humanidad en todos sus frentes, pero desde una actitud sedentaria. (A veces con un tinte de orgullo, con un «que viajen ellos» hermano del «que inventen ellos» unamuniano.) Pudiera ser que esta disposición no provenga siempre del propio individuo, sino del paternalismo benevolente a que sometemos a nuestros mayores. Convendría mirar si no nos excedemos en la tutela.

Observados los hechos sería el momento de dar una opinión, una preferencia entre las dos conductas que se oponen. Yo creo, desde luego, que la curiosidad activa es el más poderoso freno en la carrera cuesta abajo del hombre. Y pienso, además, que no hay opción posible, que el porvenir inmediato se presenta como un

permanente estímulo, un constante esfuerzo de adaptación acelerada del que nadie podrá librarse mientras se halle dentro del juego, es decir, de la vida.

Visité en esta primavera una inmensa estación del «Metro» de París, «La Défense», situada en las afueras, allá donde se proyecta una ciudad satélite. Todo es nuevo, insospechado, sorprendente en su funcionamiento. Impresiona verlo marchar casi en el vacío, como si fuera un «ensayo general con todo». Había escasísimas personas en aquella inmensidad de superficies y volúmenes, y yo guardo el recuerdo de dos damas menudas y vivaces, sospecho que casi centenarias, que me confesaron haber acudido para practicar aquellas novedades, el billete que electrónicamente surge de una rendija mientras ha de avanzarse el pie y echar adelante por una banda que corre. Así se preparaban con tranquilidad, sin prisas... y este episodio lo recordaba, por contraste, al calor y la quietud de agosto, en una pequeña estación del ferrocarril estrecho de Málaga. Este trenillo suele tener una clientela de aire tranquilo y familiar, que ahora se siente «amenazada» -según deduje de algunas conversaciones- por la supresión que dará paso a un sistema modernísimo y veloz, con aire acondicionado y despacho automático de billetes, sin maquinista tolerante para el que llega con retraso. «¡Una mala sombra!»

No se trata escoger, porque los tiempos han escogido por nosotros, españoles o finlandeses. Habrá que vivir sometidos a un «test» que casi siempre tiene testigos, y si no queremos quedar como los últimos de la clase habrá que espabilar ante el manejo del nuevo aparato doméstico, o máquina De hacer música, o simple encendedor; como el enfrentarnos con un artilugio diferente para suministrar tabaco o las fichas de teléfono. Y menos mal si antes de la jubilación no se ha vuelto inútil nuestro oficio, con lo que nos veríamos aprendiendo otro. Todo es posible con estas prisas.

He aquí, pues, una gimnasia implacable que tendrá en vigor a las células del cerebro, quid de la conversación de nuestras facultades. Si se acepta el juego -que es la vida-, estas son las cartas. Y cuando llegue el día en que nos canse definitivamente la función, aquel en que subamos al coche de un amigo y nos importe un pito descifrar como se abre desde dentro -¡ese misterio siempre distinto e inevitable!-, habrá que anotar la oscura señal... y que Dios nos coja confesados. Aquí o en donde sea, que no está bien ser tan exigentes.

Antonio PEREIRA